


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Seth Rockman y Sven Beckert, comps. *Slavery's Capitalism. A New History of American Economic Development* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016).

Gabriela Mitidieri

*Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género –
Universidad de Buenos Aires / CONICET
gmitidieri@gmail.com*

*Fecha de recepción: 23/11/2019
Fecha de aprobación: 29/11/2019*

 De qué manera se entrelazan los sentidos comunes historiográficos con las narrativas nacionales de los vencedores? ¿Puede un trabajo histórico y empírico abrir grietas para pensar tanto los orígenes esclavistas del capitalismo estadounidense como un presente aún racista y signado por la precariedad de las vidas negras en el corazón del Imperio?

El libro *Slavery's Capitalism. A New History of American Economic Development*, editado en 2016, condensa respuestas posibles a esos interrogantes. La obra compila una serie de trabajos presentados en una conferencia homónima organizada en 2011 por las universidades de Brown y Harvard. En el diálogo que entran junto a sus compiladores, los diferentes capítulos se proponen desmontar una idea cara a cierto sentir nacional estadounidense: que la esclavitud del

sur fue un resabio pre-moderno, derrotado por la pujanza capitalista del norte en la Guerra de Secesión (1861-1865). Y lo logran haciendo un repaso exhaustivo por diferentes dimensiones de la esclavitud en los Estados del sur, indudablemente impregnadas de lógica capitalista: desarrollo tecnológico, expansión financiera, indisoluble imbricación e interpenetración de la economía esclavista y la no esclavista y concepciones de legalidad e institucionalidad funcionales al sostén de la propiedad privada —de la tierra, pero también y sobre todo de hombres y mujeres esclavizados—.

Tal como afirman los compiladores en la introducción, la aparición de los debates incluidos en el libro no es azarosa. Tiene que encuadrarse en un momento historiográfico signado por la influencia de la historia global o en perspectiva atlántica que permitió entender el proceso estadounidense en un marco global-imperial. De este modo, como si de conectar puntos o nodos de una red se tratara, logra comprenderse el rol de la esclavitud de plantación que proveyó de materia prima a la Revolución Industrial. Así quedó demostrado en el libro previo de uno de los compiladores, *El imperio del algodón*¹, donde la interrelación entre Manchester y Mississippi (pero también con Mumbai y el desmantelamiento colonialista de la ruta de la seda oriental) configura una trama nítida. Es también la posibilidad de pensar por fuera de la escala nacional, así como el estudio de experiencias que vayan más allá de la fábrica y de los centros industriales tradicionalmente analizados, lo que habilitó una renovada comprensión del desarrollo capitalista y de la combinación de formas de trabajo que lo hizo posible. No es en el estudio del aparente “punto de llegada” de la relación “libre y asalariada” que encontraremos nuevas preguntas para indagar en la expansión capitalista. Antes bien, será en trabajos empíricos, que se apoyen fuertemente en la historia social, donde lograremos entrever la compleja heterogeneidad de ese mundo laboral en los siglos XVII, XVIII y XIX. Dentro de la historiografía estadounidense y europea, las investigaciones de Rockman, Linebaugh y Rediker y van der Linden, entre otros, arrojan luz en ese sentido².

1 Sven Beckert, *El imperio del algodón. Una historia global* (Barcelona: Crítica, 2016).

2 Seth Rockman, *Scraping By: Wage Labor, Slavery, and Survival in Early Baltimore* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2009); Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico* (Barcelona: Crítica, 2005); Marcel Van Der Linden, *Trabajadores y trabajadoras del mundo. Ensayos para una historia global del trabajo* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2019).

Es un consenso dentro del oficio que las fuentes disponibles no revelan verdades a menos que existan inquietudes que aborden e interroguen su complejidad. Sólo así es que se explica que las evidencias que listan los autores y autoras no hayan sido sistematizadas previamente. Por ejemplo, el hecho de que a comienzos del siglo XIX el algodón cosechado por esclavxs fuera la exportación más valiosa del país, que el capital contenido en esclavxs excediera el valor combinado de todas las fábricas y líneas férreas existentes en el territorio, que la inversión extranjera suscribiera la expansión de las tierras de plantación esclavista en Luisiana y Mississippi y que la mayor concentración de energía de vapor estuviera a lo largo del río Mississippi antes que en el noreste de los Estados Unidos.

Como señalan Rockman y Beckert, “el asunto no es si la esclavitud en sí misma fue o no capitalista (un viejo debate) sino la imposibilidad de entender el patrón nacional de crecimiento espectacular sin situar a la esclavitud al frente y en el centro” (p. 27).

El libro se organiza en cuatro grandes apartados: I. Tecnologías de plantación, II. Esclavitud y finanzas, III. Redes de interés y el norte y IV. Instituciones nacionales y fronteras naturales. Da comienzo al primero de ellos el trabajo de Edward E. Baptist, profesor en la Universidad de Cornell, titulado “Hacia una economía política del trabajo esclavo. Manos, máquinas-látigos y poder moderno”. Baptist señala que resulta interesante que la historiografía sobre la esclavitud rara vez haya hecho foco en los trabajos específicos que realizaron las personas esclavizadas en los campos de algodón (p. 32). De igual modo, fueron escasos los estudios de las conexiones entre el trabajo de plantación y el despegue de la industria textil algodonera. Y en particular, nada se ha discutido sobre el carácter paradójicamente moderno de ese trabajo de plantación. Ese será el objetivo del autor en este primer capítulo. A través del análisis de un conjunto de autobiografías de personas esclavizadas³, Baptist se centra especialmente en las descripciones que ellos y ellas realizaron de sus jornadas de trabajo en las plantaciones de algodón: hileras de hombres, mujeres y niños cosechando a gran velocidad, movidos por el siempre presente miedo al castigo. Frente a

3 Véase por ejemplo la autobiografía de Charles Ball, “A Narrative of the Life and Adventures of Charles Ball, a Black Man, Who Lived Forty Years in Maryland, South Carolina and Georgia, as a Slave Under Various Masters, and was One Year in the Navy with Commodore Barney, During the Late War”, Documenting the American South, University of North Carolina at Chapel Hill, editado 1999, accedido el 23/11/2019, <https://docsouth.unc.edu/neh/ballsavery/ball.html>

economistas e historiadores que eligieron privilegiar las técnicas de mejoramiento de semillas como explicación a la descomunal expansión del algodón sureño, Baptist vuelve a lo que todas las descripciones esclavas analizadas tienen en común: un vívido relato en primera persona sobre las condiciones de trabajo en las que se entrevé el cálculo racional, la precisa contabilidad y el control y organización de la productividad por parte de los amos. Y pese a “la persistente falta de voluntad de muchxs lectorxs blancxs a aceptar como legítimos testimonios negros sobre su vida” (p. 49), sería necio negar que allí residen las visiones más precisas respecto de lo que significaba cosechar algodón. A partir de su análisis, la diferencia que encuentra el autor con otro tipo de trabajos esclavos en aquel territorio (esclavitud doméstica, plantaciones de tabaco) es que, en lugar de fijar la cantidad de trabajo requerida “por costumbre”, se establecían cuotas individuales que debían ser constantemente superadas bajo pena de recibir una cantidad de latigazos proporcional a lo que se adeudara. La indagación de Baptist no se detiene allí. Con la intención de rastrear conexiones globales más allá de las tierras del sur de los Estados Unidos, propone una explicación posible para entender por qué un incremento de la producción de algodón no hizo descender los precios de la fibra al límite de lo no rentable. La proliferación de textiles baratos de consumo popular cuya demanda no dejó de aumentar (en las propias metrópolis, en las colonias políticas y/o económicas de Gran Bretaña y en los países de Europa central) aparece como respuesta. En una línea de reflexión similar, el autor describe la expansión del consumo de azúcar (cuya producción dependía del trabajo esclavo en Cuba y Jamaica) y de café (cuya producción dependía del trabajo esclavo en Brasil).

Como una suerte de reverso del estudio de Baptist, el capítulo 2, “La administración científica de la esclavitud. Amos y administradores”, de Caitlin Rosenthal (Universidad de California, Berkeley), indaga en el conjunto de técnicas de organización del trabajo puesta en marcha en las plantaciones por parte de los amos, a lo largo del río Mississippi. Su argumento es que “los dueños de la plantación le prestaban más atención a la productividad del trabajo que muchos industriales del norte, anticipándose al auge de la administración científica de la década de 1880 y después” (p. 62). Sus fuentes principales son los documentos de la familia Capell, plantadores y comerciantes

de los condados de Amite y Wilkinson (Mississippi)⁴ y entre sus papeles uno de crucial interés, el *Registro de plantación y libro de cuentas*, especialmente diseñado por el plantador y contador de origen escocés Thomas Affleck para administrar el trabajo esclavo y su productividad. La correspondencia entre éste y las imprentas que lo publicaron, así como entre Affleck y amigos comerciantes, también es analizada por la autora para dimensionar la difusión de este tipo de sofisticados registros contables. La expansión del uso del *Registro* también es rastreada por la autora en las revistas de agricultura a las que Capell estaba suscripto, en donde Affleck solía publicitar las ventajas que proveía el instrumento por él diseñado. Entre diferentes variables, el registro de Affleck permitía llevar la cuenta de la cantidad diaria de algodón recolectado por cada persona esclavizada. De acuerdo a la autora, la precisa contabilidad permitía transformar esos datos, o bien en violencia para lograr mejoras en la productividad o bien en herramientas —habitualmente violencias también— para descubrir resistencia esclava en forma de trabajo a desgano. Revisar el proceso de abolición y las formas en las que el norte adquirió técnicas de administración del trabajo libre requiere, de acuerdo a la autora, que otorguemos entidad al modo en que la esclavitud fue un laboratorio para el desarrollo de nuevos tipos de contabilidad y organización del rendimiento de los cuerpos trabajadores.

El capítulo 3, “Una cosecha internacional. La Segunda Esclavitud, la conexión Virginia-Brasil y el desarrollo de la segadora Mc Cormick”, de Daniel B. Rood, profesor de la Universidad de Georgia, bien podría integrar un libro de historia social de las cosas. Cosas grandes, del tamaño de una máquina cosechadora, o pequeñas, como una bolsa de harina. Su estudio permite detenernos en las relaciones sociales esclavistas que hicieron posible la existencia de esos artefactos. La segadora Mc Cormick fue la tecnología que permitió cosechar una variedad de trigo particular. A partir de esa materia prima se elaboró en Virginia una harina muy blanca, codiciada por consumidores en la lejana Río de Janeiro en las tres décadas previas a la Guerra de Secesión. Tal como señala el autor, este capítulo no pretende enfatizar la modernidad e inventiva del sur. En su lugar, se trata de subrayar cómo en tiempos y espacios tradicionalmente no considerados en la historia de

4 Luana Henderson, “Capell Family Papers”, Louisiana and Lower Mississippi Valley Collections Special Collections, Hill Memorial Library Louisiana State University Libraries Baton Rouge, Louisiana, 2001, accedido el 23/11/2019, <https://www.lib.lsu.edu/sites/default/files/sc/findaid/0056m.inv.pdf>

las innovaciones tecnológicas se gestó una pieza importante para el desarrollo capitalista posterior. La segadora patentada por Cyrus Hall Mc Cormick no hubiera sido viable sin el trabajo que diversas personas esclavizadas aplicaron a su desarrollo: “esclavos especializados de Virginia poseían una potente combinación de experticia en metalurgia y familiaridad con los desafíos del cultivo y cosecha de trigo” (p. 96). A través de un cuidadoso estudio de bibliografía secundaria sobre historia de la tecnología agrícola y un análisis de la documentación de Mc Cormick, Rood logra tensionar un sentido común tradicional: aquel que señala que la abundancia de mano de obra cautiva en un régimen esclavista iba en contra de la búsqueda de innovaciones que ahorraran trabajo. No obstante, el autor afirma que no era necesariamente trabajo (esclavo) lo que se ahorraba, sino más bien tiempo al momento de la cosecha (p. 101).

Los cuatro capítulos que componen la segunda parte, “Esclavitud y finanzas”, buscan arrojar luz sobre los complejos mecanismos de deuda, especulación, inversión, injerencia bancaria e interés que dinamizaron la economía esclavista de producción de algodón en el sur. El capítulo 4, “Capitalismo de vecino a vecino. Redes de crédito local e hipotecas sobre esclavxs”, de la investigadora independiente Bonnie Martin, describe la práctica usual de compras de personas esclavizadas “a crédito” mediante la creación de hipotecas sobre los mismos esclavxs adquiridxs y/o sobre otras personas esclavizadas de propiedad del comprador. Si la primera parte propuso una mirada de los rasgos capitalistas en la organización del trabajo productivo en los sitios de plantación, la autora argumenta que debe verse también al sistema esclavista como un sistema financiero. El estudio se nutre de un inmenso trabajo empírico de análisis y sistematización de datos obtenidos de más de diez mil hipotecas de este tipo provenientes de contratos entre particulares, realizados en Virginia, Carolina del Sur y Luisiana. Martin concluye que las personas esclavizadas fueron usadas para sostener préstamos ligados a la expansión colonial (las primeras hipotecas analizadas datan de 1738, el período de dominio francés sobre Luisiana) y, a su vez, resultaban bienes de alta liquidez por su gran demanda y facilidad de ser “convertidos” en dinero en efectivo. La autora muestra cómo esta práctica, no obstante, también fue utilizada estratégicamente como una red de apoyo mutuo entre personas libres de color que compraban a crédito a personas esclavizadas.

El capítulo 5, “Los contornos del capitalismo algodónero. Especulación, esclavitud y pánico económico en Mississippi, 1832-1841”, de Joshua D. Rothman (Universidad de Alabama) sigue la trayectoria de Jesse Mabry, un pequeño comerciante de Carolina del Sur que prueba suerte en el negocio del algodón. Su experiencia de vida, la forma en que consiguió un préstamo hipotecando personas esclavizadas de su propiedad, sus cuantiosos ingresos en momentos de auge y la estrepitosa caída de su fortuna de la mano del pánico financiero de 1837, resultan ilustrativos de una época. Reducir la escala de análisis al ras de las vivencias de Mabry le permite al autor hacer visibles las conexiones palpables entre préstamos, hipotecas sobre esclavxs y burbuja especulativa que terminó por desencadenar el colapso financiero y bancario de aquel momento. Como apunta el autor, los bancos del sudoeste existieron fundamentalmente para proveer capital para el desarrollo de la economía de plantación, y sus préstamos hicieron posible la compra de esclavxs, ganado y tierra (p. 130). Rothman acierta en reconstruir un clima de fragilidad y precariedad social en donde la más estable de las fortunas estaba ligada a la eficacia del trabajo forzado. Y cuando afirma que el pánico de 1837 comenzó en Mississippi, lo vuelve visible retrotrayéndose a 1835 y a la proliferación de rumores de conspiración de revuelta esclava. Esto desencadenó matanzas masivas y represalias violentas de distintos tipos contra personas esclavizadas por parte de dueños de plantación como Mabry.

Tal vez uno de los capítulos más difíciles de sobrellevar, “‘Grande es el camino que conduce a la muerte’. Capital humano y mortalidad esclava”, de Daina Ramey Berry (Universidad de Texas), entrelaza la cruda realidad de la muerte de esclavos y esclavas (como estrategia última de no sometimiento, como producto de la violencia esclavista), las prácticas funerarias de luto y entierro sostenidas por parte de las personas esclavizadas que lxs sobrevivieron y las demandas de los amos reclamando indemnización estatal ante la muerte esclava. De acuerdo a la legislación de Virginia, propietarios de esclavxs podían recibir 500 dólares por la muerte de un trabajador esclavo en circunstancias específicas como compensación por su pérdida económica (p. 148).

El apartado cierra con el capítulo “August Belmont y el mundo que construyeron lxs esclavxs”, de Kathryn Boodry (Universidad de Oregon), que resulta de algún modo un enlace entre esta sección y la siguiente. Como un complemento del capítulo 4 —que indagaba en los préstamos “de

vecino a vecino” — y el 5 —que se detenía en el rol de los bancos de la región como prestamistas—, la autora busca rastrear las conexiones entre la economía esclavista estadounidense y el gran capital internacional con sede en Londres. A través de un análisis de bibliografía sobre la materia y un estudio de la correspondencia de gigantes económicos como la familia Rothschild, Boodry compone un mapa denso de interrelaciones financieras en la primera mitad del siglo XIX. El protagonista de esta historia es August Belmont, el agente en Nueva York de las casas Rothschild de París y Londres. Belmont se vuelve un observador privilegiado de la crisis de 1837 y un explorador en búsqueda de oportunidades rentables para sus jefes, a medida que el pánico menguaba. Como señala la autora, a muchas firmas anglo-americanas las operaciones cercanas al negocio del algodón les brindaron un conocimiento de los mercados, conexiones y capital que proveyeron la base para su desarrollo económico posterior (p. 177).

Tres capítulos componen el tercer apartado, “Redes de interés y el Norte”, sobre la connivencia del norte con las relaciones sociales del sur y su complementariedad económica. El capítulo 8 lleva por título “¿Qué tenemos que ver con la esclavitud? Habitantes de Nueva Inglaterra y las economías esclavistas de las Indias Occidentales”, de Eric Kimball (Universidad de Pittsburgh). Allí el autor se propone demostrar la ligazón entre la economía de Nueva Inglaterra y su primer “sur profundo”: la economía de plantación del Caribe, en la que ese norte fue un actor comercial activo. Un siglo antes de que estallara la Guerra de Secesión y el norte enfatizara su distancia visceral respecto del sur, Nueva Inglaterra proporcionaba las manufacturas (velas, madera, pescado seco) necesarias para el desarrollo de la esclavitud caribeña e importaba buena parte de sus productos (azúcar, melaza, ron). De esta forma Kimball argumenta que la distinción entre “sociedades esclavistas” y “sociedades con esclavxs” —que apuntó a relativizar la responsabilidad de ciertas regiones de los Estados Unidos respecto de la esclavización de seres humanos traídos de África— necesita ser matizada a la luz de una histórica correspondencia y complementariedad. Pero no sólo se trató de intercambio de bienes y servicios. Fueron también comerciantes de esta región con sede en Rhode Island quienes tuvieron una importante injerencia en el tráfico esclavista atlántico. Sus navíos transportaron entre mediados del siglo XVII y a lo largo del siglo XVIII alrededor del 79 % de las personas esclavizadas con destino final a Jamaica y Barbados.

El capítulo 9 “‘Ningún país salvo sus casas matrices’. El circuito Estados Unidos – Cuba – Mar Báltico, 1809 – 1812”, de Stephen Chambers (Universidad de Brown), extiende las conexiones trazadas en el capítulo previo. A través de un análisis de correspondencia oficial y de documentación aduanera, el autor demuestra que la región de Nueva Inglaterra no sólo generaba ingresos a lo largo del Caribe a partir del comercio con las Indias Occidentales. Existían firmes intereses de comerciantes estadounidenses provenientes de zonas no esclavistas, quienes devinieron dueños de plantaciones azucareras en la isla de Cuba y de las personas esclavizadas que trabajaron allí. Pero el circuito no se detenía en Cuba. Chambers argumenta que, en los primeros años del siglo XIX, el secretario de Estado y luego presidente John Quincy Adams abogó por fortalecer relaciones comerciales con Rusia. En lo que puede entenderse como una violación al sistema continental napoleónico, Adams logró desembarcar en San Petersburgo productos como café, algodón y, sobre todo, azúcar producida en Cuba, como si fuera un bien originado localmente en los Estados Unidos (p. 198). El autor recupera miradas de estudios contemporáneos sobre el tema para afirmar que muchos de quienes se unieron al servicio diplomático, especialmente al trabajo en consulados, eran comerciantes que ya vivían en el exterior y se valieron de vínculos diplomáticos para mejorar sus negocios. Esta era la realidad del capitalismo y de la política exterior estadounidense (p. 200).

El último capítulo del apartado III lleva por título “El tráfico esclavo de cabotaje y una comunidad mercantil de intereses” (Calvin Schermerhorn, Universidad Estatal de Arizona). La intención del autor es describir las particularidades de los barcos esclavistas que surcaban la región costera estadounidense. Lejos de las imágenes de grandes buques negreros que atravesaban el Atlántico, estas embarcaciones de mucho menor tamaño transportaban personas esclavizadas junto con una variedad de bienes de consumo para vender. “Eran cárceles flotantes cuyos dueños y operadores recogían ingresos del transporte comercial de esclavxs como parte de un conjunto de estrategias competitivas” (p. 209). En una indagación por las actas y registros de tres barcos (el *Unicorn*, el *Almy* y el *Lapwing*), Schermerhorn muestra la forma en la que estos barcos se insertaron en cadenas globales de valor y cómo lxs seres humanxs cautivxs transportadx fueron una parte casi invisible de ese enorme proceso.

El apartado final, “Instituciones nacionales y fronteras naturales”, consta de cuatro capítulos que intentan abordar las interrelaciones entre pensamiento teórico y esclavitud desde dimensiones específicas de análisis: las implicaciones entre trabajo esclavo y proliferación de universidades en el territorio; los proyectos de nación moderna que no llegaron a ver la luz y que enfatizaron la necesidad del sistema esclavista para los Estados Unidos; la reflexión de juristas sobre la temática y el modo en el que una jurisprudencia moderna reforzó el poder de los esclavistas y, por último, las particulares conexiones entre niveles de escolaridad y extensión del sistema educativo público y contexto esclavo.

“Guerra y curas. Universidades católicas y esclavitud en la era de la revolución” (Craig Steven Wilder, Instituto de Tecnología de Massachusetts) reconstruye la incorporación de católicxs a un ideal de nación por parte de George Washington, tomando entre sus ejemplos la vida política y económica de la Universidad Católica en Georgetown. Fundada en 1789, antes de recibir a sus primeros estudiantes, los clérigos (en algunos casos ex jesuitas) ya eran poseedores de personas esclavizadas. Incluso la prosperidad de la institución reposaba en la productividad de los campos de los que también eran dueños y que requerían del trabajo constante de lxs esclavxs de la Universidad. A su vez, el autor sostiene que la educación superior en los Estados Unidos creció con el comercio esclavista y evolucionó con la expansión hacia el oeste de las plantaciones esclavas y el aumento de las economías manufactureras y bancarizadas de las ciudades del noreste (p. 228).

En “Capitalismo, esclavitud y la Nueva Época. Mathew Carey, 1819”, Andrew Shankman (Universidad de Rutgers) se centra en el año crucial en el que Missouri fue eximida de respetar la abolición de la esclavitud a la que se comprometían los Estados al norte del paralelo 36º 30’. A su vez, el país experimentaba una fuerte caída económica. Fue en ese contexto que el publicista, editor y político Mathew Carey elaboró una propuesta de proyecto político económico nacional que contuviera la disgregación de los Estados y apostara por un mercado doméstico diversificado con lugar para la esclavitud. Para el autor, analizar las reflexiones políticas y económicas de Carey es una oportunidad para dimensionar el rol central que jugó la esclavitud entre quienes teorizaron el sistema americano (p. 244).

El capítulo 13, “Mercado, utilidad y esclavitud en el pensamiento legal del Sur”, de Alfred L. Brophy (Universidad de Carolina del Norte), enfoca la ley como un instrumento clave para el desarrollo capitalista en términos de asegurar la propiedad privada en general, pero en particular los cuerpos de personas esclavizadas en el sur. A partir de un examen de las trayectorias de dos juristas emblemáticos del Sur, Thomas Ruffin y Joseph Lumpkin, el autor propone una reconsideración de la importancia formativa de la esclavitud para el capitalismo norteamericano. Esto es sostenido al nivel de la difusión de la idea de “utilidad esclavista” entre juristas, abogados y legisladores del sur (p. 263). Para tal fin Brophy discute con la idea clásica de paternalismo esclavista que despreciaba el libre mercado⁵ y vuelve la mirada sobre un sistema legal que organizaba la esclavitud para el gran beneficio de los amos. La persecución de esclavxs que buscaban minar la institución esclavista a través de la rebelión, la protección legal a vendedores y compradores, la defensa de derechos de quienes efectuaban transacciones por medio de hipotecas y créditos para la adquisición de esclavxs, y, detrás de todo, la interrelación entre la esclavitud como régimen de propiedad y como sistema de trabajo forzoso, son algunos de los elementos que Brophy destaca.

El capítulo que cierra el libro lleva por título “¿Por qué el Norte se opuso a la expansión de la esclavitud? Desarrollo económico y educación en el sur de Limestone” (John Majewski, Universidad de California, Santa Barbara). Al centrar el foco en la región del sur de Limestone, el autor repasa los distintos atributos que la hacían similar a territorios industrializados del norte en términos de urbanización, expansión de rutas y caminos, tecnología, etc. La experiencia de Limestone sugiere, de acuerdo con Majewski, que la esclavitud no era una barrera para las fases iniciales de industrialización que caracterizaron a buena parte del Medio-Oeste (p. 287). La diferencia crucial que encuentra entre el norte y el sur es el fomento que el primero le dedica a la difusión de la educación básica estatal. El autor sostiene que los estados con la mayor cantidad de población esclava eran a su vez quienes mantenían los costos más altos de cuota en escuelas privadas (p. 290). No deja de resultar significativa la decisión de concluir la obra con este capítulo, ya que parece dejar entrever una idea de capitalismo asociada con cultura ilustrada y valores de libertad en esa difusión de la educación común.

5 Presentes en los trabajos clásicos de Eugene Genovese y Elizabeth Fox – Genovese. Véase, por ejemplo, *The Mind of the Master Class. History and Faith in the Southern Slaveholder’s Worldview* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005).

El libro constituye sin duda un aporte. No sólo para la historiografía estadounidense que lo gre hacerse eco de los desafíos que las luchas del presente en clave antirracista le plantean. Sino también para todas aquellas historiografías, incluida la nuestra, que estudiaron el fin de la esclavitud atendiendo, entre otros aspectos, a la falta de rentabilidad que la misma suponía. En nuestro territorio, un análisis ya clásico de Jorge Gelman y Juan Carlos Garavaglia sobre la esclavitud rural entre mediados del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX, dejó evidenciado que la abundancia de tierra y la escasez de mano de obra limitó la fijación de trabajadores a la tarea⁶. Se trataba, a diferencia del caso estadounidense del sur, de un contexto donde las unidades productivas familiares eran mayoritarias, frente a un número reducido de estancias de gran tamaño. Para el caso de la esclavitud urbana, Lucas Rebagliati realizó un balance historiográfico en donde revisa la pervivencia de la noción de “esclavitud benigna” en el área rioplatense⁷. Tal vez las claves de análisis que resuenan tras la lectura de *Slavery’s Capitalism* permitan volver a pensar el carácter fundamental del trabajo esclavo doméstico en términos reproductivos —y sus transformaciones hacia otras formas del trabajo de servir— para la expansión urbana del capitalismo local. Hacerlo desde una perspectiva de historia social, atenta al modo en que se anudan clase, raza y género, constituiría un interesante aporte⁸.

A su vez, la propuesta central del libro vuelve a poner de manifiesto la necesidad de tensionar periodizaciones tajantes, y arroja luz para pensar conexiones posibles allí donde los cortes temporales las obturaron. Sería necesario, tal vez, continuar indagando en la etapa que se abre después de 1865 en los Estados Unidos, para profundizar en el conocimiento del capitalismo post-abolición. ¿En qué términos se vivió ese proceso para las propias personas esclavizadas? ¿A qué negocios nuevos destinaron sus capitales los viejos dueños de plantación? ¿De qué manera la idea de “trabajo libre y asalariado” eclipsó los trabajos que continuaron haciéndose de manera no remunerada, precaria y violenta? Tal vez nuevas producciones historiográficas que aborden dichos ejes puedan arrojar luz sobre las pervivencias esclavistas en la economía estadounidense.

6 Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman, “Mucha tierra y poca gente: un nuevo balance historiográfico de la historia rural platense (1750 – 1850)”, *Revista Historia Agraria*, no. 15 (1998): 29-50.

7 Lucas Rebagliati, “¿Una esclavitud benigna? La historiografía sobre la naturaleza de la esclavitud rioplatense”, *Revista Andes. Antropología e Historia* 25, no. 2, (2014): 1-29.

8 Una breve aproximación al tema puede encontrarse en Valeria Pita y Gabriela Mitidieri, “Trabajadoras, artesanos y mendigos: Una aproximación a las experiencias sociales de trabajo y pobreza en la Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX”, *Revista Anuario del Instituto de Historia Argentina* 19, no. 1 (2019).